

en lo interior, é iluminada profusamente con considerable número de candelas y lámparas. La misa fué muy solemne, y la celebró de pontifical el Exmo. é Illmo. Sr. arzobispo D. Lázaro de la Garza y Ballesteros: el panegírico lo pronunció, con su acostumbrada elocuencia, erudición y ternura, el Exmo. é Illmo. Sr. obispo de Tenagra Dr. D. Joaquin Fernandez Madrid. La concurrencia fué numerosísima y de lo mas distinguido de ambos sexos de la poblacion. Asistió á la funcion el general presidente, acompañado de su estado mayor, de los Exmos. Sres. secretarios del despacho, del Exmo. consejo de Estado, caballeros de la Orden nacional de Guadalupe, claustro de doctores, Exmo. ayuntamiento, gobernador del Distrito, colegios, oficinas y corporaciones religiosas, terminando aquella á la una del dia.

A las cinco de la tarde comenzó á salir por la puerta principal de Catedral una solemnisima procesion, que además de andar la carrera ordinaria del Córpus, debía pasar por el frente de Palacio, portal de las Flores, Casas Consistoriales y portal de Mercaderes, formando valla en toda esta estacion los cuerpos de la guarnicion con sus músicas. Rompian la marcha algunos batidores á caballo; seguian las cofradias de la ciudad y las terceras órdenes con sus guiones y estandartes, las comunidades religiosas bajo de cruces, en los mismos términos las parroquias de la ciudad presididas por sus curas, y despues el clero secular con la curia eclesiástica. A continuacion marchaba un magnífico y alegórico carro triunfal, enteramente adornado de riquísimo tisú de oro y plata, y en el que se ostentaba la imágen de Maria Santisima rodeada de ángeles, y á su frente el busto de nuestro Smo. Padre el Sr. Pio IX. Fué tirado el carro alternativamente por el claustro de doctores, caballeros de la Orden de Guadalupe, estado mayor del ejército, todas las corporaciones y las personas mas notables de la sociedad. Caminaban atrás los Illmos. Sres. arzobispo de Damasco y obispos de Tenagra y Germanicópolis vestidos de pontifical, el cabildo eclesiástico con capas pluviales, presidido por su Exmo. é Illmo. prelado, claustro de doctores, corporaciones civiles, y al último presidiendo toda la comitiva, los Exmos. Sres. ministros en representacion del general Presidente. A las ocho de la noche entró la procesion en Catedral, y á las nueve unos vistosos fuegos artificiales terminaron la festividad de este memorable dia.

MEJICANOS Y YANKEES

EN EL

BARRIO DE LA PALMA.

Los que han pretendido sacar consecuencias por el resultado de la última guerra con los Estados-Unidos, de que los mejicanos son cobardes, no han conseguido sino poner en evidencia lo poco que conocen el pais de que hablan, y menos las causas que hacian posible el triunfo de la justicia de parte de una nacion á cuyos hijos les sobra valor personal, sufrimiento en los trabajos de campaña, y constancia en los reveses. Esa misma guerra con los Estados-Unidos que se quiere hacer valer como un borron que los denigra, es, en mi concepto, la mejor prueba de su indisputable valor. El triunfo de los norte-americanos fué un triunfo sin gloria, debido á los disturbios que desunian á los mejicanos, y de ninguna manera á las armas contrarias.

Pero ni aun con la desunion que debilitaba á los hijos de este suelo, poderoso auxiliar con que el invasor contaba para dar cima á su empresa, hubiera triunfado, si los mejicanos, ignorando los puntos por donde serian atacados, no se hubieran visto obligados á dividir sus fuerzas á largas distancias, mientras que el enemigo podia elegir el lugar que le pareciera mas conveniente para acometer por allí con todo su poder. Que se me señale si no un solo punto en que los norte-americanos no atacasen con cuatruplicadas fuerzas. En la accion del Molino del Rey no llegaron á tres mil hombres los mejicanos, conducidos por el intrépido general Leon y el valiente D. Lucas Balderas, mientras que sus contrarios cargaron con todas sus columnas, viéndose obligados por varias veces, no obstante su superioridad numérica, á retroceder ante las bayonetas mejicanas. Ciertamente que por último se quedaron dueños del campo de batalla; pero fué despues de haberlo dejado regado de cadáveres. ¿Y no sucedió esto mismo en la accion de Chapultepec, débilmente atacado por cuatro mil hombres, y defendido por trescientos reclutas y algunos niños del colegio militar! ¿Y no

retrocédieron por tres veces, á pesar de entrar en accion *son* seis mil hombres, ante los impávidos defensores de Churubusco, que apenas eran quinientos hombres?

Yo presencié el entusiasmo que reinaba en el Peñon; el vehemente deseo que los que defendían aquel punto tenían de que el enemigo se resolviera á atacarlos, y el sentimiento que les causó ver que despues de algunos dias se retiraban los norte-americanos sin osar comprometer una accion. Si, yo presencié esto, y presencié tambien el valor que en las calles de Méjico desplegó el pueblo mejicano, que sin jefe que los dirigiera, y por espacio de tres dias, no cesó de combatir á los invasores, que perdieron 700 hombres.

Como español puedo mirar con sangre fria los acontecimientos de aquella campaña, y hablar con mas imparcialidad que ningun otro, de aquellas escenas que pasaron á mi vista. Hecha esta salvedad, conduciré á mis lectores á una casa de vecindad del barrio de la Palma, pocos dias despues de la entrada de los azafranados gastrónomos de la mostaza y de las *papas*.

Un cumpleaños es el que se celebra, y oigo el ruido del bandolon, del bajo, del arpa, de la flauta y la jarana, y el murmullo de las voces de la gente leperocrática que dentro habla. Entremos, que yo tengo privilegio exclusivo concedido por mí y ante mí para penetrar con cuantos quieran seguirme, en todas partes. Vean ustedes; el cuarto es bastante espacioso, y tiene dos puertas, una que da al patio y a otra á la calle; allá en aquel rincon advierto una escalera que conduce al tapanco, y en este veo una ventana que da á la calle. Bueno, esto me hace creer que la gente que habita este cuarto toma sus precauciones para vivir mas segura. Varias velas de sebo colocadas, en candeleros de barro, están repartidas por el cuarto. Allí tienen ustedes á D. Magdaleno con la ancha ala de su sombrero jarano forrado de hule, caída sobre las cejas, y con su jorongo al hombro, efreciendo un vaso de pulque compuesto á aquella jóven vivaracha, de tez apañonada, de ojos y pelo negros, diminuto pié y rebozo *calandrio*. Junto á él tienen ustedes al Buitre fumando un cigarro y echando bocaradas de humo, vestido con calzoneras de botonadura de plata, sombrero con gruesas toquillas de lo mismo, embozado en un zarape saltilleno, y en conversacion con el Tiburon, con Guadaña, y con Romero, que no apartan la vista de Ines y del Tremendo, que van á concluir de bailar la *Pasadita*. Y en distintos puntos del cuarto, hablando unos, enamorando otros y bebiendo los mas, tienen ustedes al resto de la concurrencia, hombres y mujeres, vestidos poco mas ó menos de la manera misma con que hemos visto á los primeros. Pero para que

no tengan ustedes necesidad de mis observaciones, senté monos aquí, y oigamos á ellos mismos, sin perder ninguno de sus movimientos ni la menor de sus palabras.

Romero. Muy bien bailado, mi alma.
Tiburon. Viva ese garbo, Tremendo!
Buitre. Viva el barrio de la Palma.
Y la *chula* que estoy viendo
Y me ha robado la calma!

Magdaleno. Vaya este vaso, mi cielo,
Para alegrar la cabeza,
Y bailar luego el Canelo.
Soledad. ¿Qué cosa es alto!

Magdaleno. Cerveza.
Soledad. ¡Puf! tíelo usted si suelo.
Mejor *mescal*, *Magdaleno*,
Y nada que á yankee huela:
La cerveza es un veneno;
Lo de Méjico es lo *güeno*,
Que lo demás no consuela.

Magdaleno. ¡Qué piquito! Bien tirada:
De lo que *fiende* á gabacho
Aquí no queremos nada,
Pues todo nos causa empacho;
Y al que es yankee, puñalada
Guerra *quere* el extranjero
Y sangre ver derramar;
Yo le abriré un *abujero*
Aunque tenga duro el cuero
Y en su sangre ha de nadar.
Porque harto estoy, *valdovores*
De mirar á tanto *perr*
Mandarnos como señores,
Cuando aquí tenemos *hierro*
Pa matar á esos traidores.
Silencio, que si se mete
Algun yankee, y oye,...

Magdaleno.

Tremendo.

Al punto
Cualesquiera le arremets
Con el *afilao* *tranchete*,
Le da... y se acaba el asunto.
Que si alguno llega á entrar
Habrá la de Dios es Cristo;
Porque al momento le embisto,
Y mas que un rayo de listo
Le haré el menudo (1) arrojar.

(1) Las tripas.

Romero.

Y siempre á tu *lao* Romero
 A defenderte estará;
 Y si viene el mundo entero
 Todo el mundo nos verá
 Luchar con el yankee fiero.
 Ya lo sabes, *valedor*,
 Que juntos con nuestro *hierro*
 Cuando entró aquí el invasor,
 En las calles con valor
 Picamos carne de *perro*.
 Y en el barrio de Belen
 Les atacamos tambien
 Como dos fieros leones,
 Y abatimos sus pendones,
 Y les cogimos su tren.

Inés.

Ahí estavé tambien yo
 En medio de la lid fiera,
 Y todo el barrio me vió
 Quitarle ó uno la bandera,
 Aunque una herida me dió.

Y mi padre, aunque es anciano
 Jué tambien con toda el alma
 Con un *tranchete* en la mano,
 Jué un deber.

Miguel.

Tremendo.

Buitre.

Miguel.

Muera el tirano.
 ¡Viva el barrio de la Palma!
 Amigos, la diversion
 Que acabe es bueno.

Romero.

Miguel.

Esta es pulla.
 No sea que al oír la bulla,
 A dormir una patrulla
 Nos lleve á la prevencion.
 Ni aunque venga el gran poder
 Del Norte, lo estéis temiendo:
 Que solo basta el Tremendo
 Pa hacer al yankee correr.
 Si saca su *hierro*,

Miguel.

Tremendo.

Inés.

Tremendo.

Inés.

Tremendo.

Miguel.

Entiendo.
 Pero es hora de acostar.
 Inés, que me esperes *quero*. (Aparte á Inés)
 Vete, que aquí yo te espero.
 Tremendo. Te tengo que *platicar*.
 Inés. Vete y vuelve.
 Tremendo. Bien salero.
 Miguel. No es porque yo de mi casa
 Los *quera* echar; mas, señores,

Si alguna patrulla pasa,
 Podrá entrar, y...

Tremendo.

Valedores,
 Dice bien.

Romero.

El Buitre.

¡Fortuna escasa!
 Ya usted se sube al tapanco,
 Don Miguel, para dormir.

Miguel.

Si alguno gusta subir,
 Yo soy pobre, pero franco;
 Cualquiera puede venir (Se sube al tapanco.)

Todos.

Gracias por tantos favores,
 Don Miguel.

Tremendo.

(ap) Mi dicha es cierta;
 Vámonos ya, valedores. (A los concurrentes.)

Miguel.

Y tú, Inés, cierra la puerta
 Cuando salgan los señores.

Romero.

Tremendo.

Romero.

[al oído á Tremendo.] ¡Quedad!

Si.
 [al oído.] Todos, Tremendo,
 Te aguardamos en la calle
 Por si algo se ofrece.

Tremendo.

Romero (id.)

Entiendo.
 Vaya si tiene buen talle
 La Inesita.

Tremendo.

Sal corriendo.

Romero, como buen amigo, en cuanto oye las palabras de Tremendo, se dirige á sus compañeros, les impone en breves razones de lo favorable que á su *valedor* se le presenta la fortuna, y que es bueno que despejen lo mas pronto posible la pieza. Entonces todos cogiendo sus jorngos y embozándose en ellos, se salen por delante dando las buenas noches á don Miguel, que acostado ya y desde el tapanco les contesta entre sueños. Inés, al ver que no hay importunos, pero que sin embargo, teme que la llame su padre, cuyos ronquidos empiezan á oírse, le dirige con la mayor ansiedad estas palabras al Tremendo:

Inés.

Tremendo.

¡Qué es lo que quieres?
 ¡Qué quero?
 Te vas, es cierto á casar
 Con don *Tremido* el torero!

Inés.

Tremendo.

Inés.

Tremendo.

Inés.

Tremendo.

Padre lo llega á ordenar;
 Mas yo por ti solo muero.
 ¡Tienes valor!
 Como un hombre.
 ¡Me quieres?
 Con alma y vida.
 ¡Serás fiel!

- Inés. Si, por mi nombre.
Tremendo. ¡Obediente!
Inés. Y decidida.
Tremendo. Escucha.
Inés. Habla.
Tremendo. No te asombre.
Tu padre con el Torero
Quere unirse esta semana
Sabiedo que por ti muero,
Y que tú de mala gana
Te casas con él, lucero.
Mas si esto logra, ya *alvierte*
Mi fe lo que hara por tí;
Ablar bien el tranchete
Y atravesarine el *gollete*
Pa no penar mas aquí.
Inés. Mi padre no ha de poder
Formar jamás esa union
Que me haria parecer,
Porque es tuyo el corazon,
Y solo tuya he de ser.
Tremendo. Dios bendiza ese piquillo
Que me llena de dulzura:
Grande será mi ventura
Cuando sobre mi tordillo
Yo te lleve, criatura.
Inés. Bien, Tremendo; ya soy tuya;
Y si mi padre se opona,
No temas mi fe destruya
Ni por otro te abandone.
Tremendo. Eso basta y... ¡aleluya.
Pero ¡no oyes? tu padre ha dejado de roncar, y tal vez nos
ha oido.
—Silencio. Si, ya tose.
—¿Todavía tienes encendida la vela, Inés?
—Vete, por Dios, Tremendo, y vuelve de aquí á un ins-
ante.
—¿No me oyes, Inés! volvió á preguntar don Miguel des-
de el tapanco.
—Si, señor; pero estoy arreglando todas las cosas antes
de irme á acostar.
—Me voy y vuelvo, dijo el Tremendo en voz baja á Inés;
y se salió del cuarto conteniendo la respiracion, y andando
en las puntas de los pies para no hacer ruido.
—Bien; haz lo que *quieras*, contestó don Miguel, envol-
vien lo la cabeza en la frazada; y á poco se volvieron á oír
sus ronquidos.

Inés segura de que su padre dormía, se dirigió entonces á la puerta para llamar al Tremendo; pero al encontrarse con un yankee que alumbrado por los gases de Baco llegaba en aquel momento atraído por la música que pocos momentos antes había oido, le preguntó con resolucion:

—¿Quién es usted?

—Yo, *saliero*, que vengo á bailar contigo el *jarrabe*.

—Váyase mejor á dormir la mona que no le deja andar. Pero aqui viene *quen* le hará salir mas que de prisa. Dijo oyendo los pasos de alguno que se acercaba y que creyó seria el Tremendo; pero en vez de éste entró el Torero, el cual al ver al yankee, levantó el ala delantera del sombrero jarrano, á lo que llaman los valientes *alzar la lorenzana*, y sacando de entre el ceñidor una daga, exclamó ardiendo en ira:

—Salga usted al instante si no *quere* que le eche *juera* el *menudo*, malvado yankee.

—Mi no *querre* salir: mi *querre* estar aquí con esta muchacha, y bailar el *jarrabe*. Contestó el yankee queriendo besar la mano de Inés, que dándole con ella en las narices, le hizo derramar algunas gotas de sangre.

—¿*Carrambo!* Esclamó el norte-americano, agarrando con mas fuerza á la jóven. El Torero entonces preparóse á arrojarse sobre él: el yankee por su parte sacó la bayoneta para recibirle; pero ambos se contavieron al ver entrar al Tremendo, que sorprendido de encontrar allí á quien no esperaba, exclamó:

Tremendo. ¡El Torero, por mi mal!

Torero. ¡El Tremendo mi enemigo!

Tremendo. Contra el yankee soy tu amigo,

Pero solos tu rival;

Ahora á ayudarte me obligo. [*Sacando la nava-*

Torero. No, deja; que un mejicano
No se bate con ventaja
Contra un norte-americano:
Basta solo mi navaja
Para matar á un marrano.

[*Sacando la nava-
ja para lanzarse
sobre el yankee.*]

Para matar á un marrano.
Pero mientras ellos generosamente disputaban sobre cuál lucharía contra el yankee, éste, aunque beodo, no lo estaba tanto que no conociera que al arma blanca era muy inferior á cualquiera de los dos; así es que aprovechando la oportunidad se fué retirando disimuladamente hácia la puerta, y empezó á dar gritos llamando á una patrulla de yankees que por casualidad pasaba. A sus desaforados gritos acudió ésta, y penetró en el cuarto con bayoneta calada.

—Dense presos, dijo el sargento en mal español, dirigiéndose al Torero y al Tremendo, que llenos de valor, y reco-

giendo los jorongos en el brazo izquierdo, y blandiendo los puñales se preparaban á vender caras sus vidas. Pero hubieran sido victimas de su arrojo, si en aquel instante, Romero, el Buitre y otra porcion de los que estaban en la calle, esperando al Tremendo, no hubieran entrado por la otra puerta, armados todos de tranchetes. Don Miguel despertó al ruido, y cogiendo un cuchillo, se asomó al tapanco gritando ¿qué pasa? al mismo tiempo que se trababa una lucha feroz entre los léperos y la patrulla.

—¡Valedor! decia Romero; *ahora* verán estos perros lo que valen los del barrio de la Palma.

—Si, valedor, contestó el Tremendo arrojándose sobre el sargento y dándole un golpe que le dejó sin vida.

—*Ahora* bailará usted conmigo el jarabe, dijo Inés agarrando un palo y pegándole con él en la cabeza al yankee, causa de aquel alboroto, y abriéndole la cabeza: otro norteamericano quiso vengarle; pero el Tremendo desvió con su jorongo el golpe que le dirigia á su amada, y le hundió el puñal en el pescuezo.

Los americanos, viendo que iban á perecer todos si no ponian piés en polvorosa, se dirigieron para huir en tropel hácia la puerta; pero en aquel momento aparecieron en ella nuevos amigos del Tremendo, que al saber lo que pasaba acudieron armados de puñales. Los yankees retrocedieron espantados ante aquellos hombres resueltos y arrojando los fusiles al suelo, se pusieron de rodillas (que así lo hacian al verse perdidos) implorando compasion.

—Nadie les toque, dijo el Tremendo, pues ya *están dados*.

Todos obedecieron á su voz, y despues de arrojar los muertos al agua de la acequia, y de encerrar en un cuarto á los prisioneros, preguntó el padre de Inés la causa de haber estado abierta la puerta para que pudiera entrar el primer yankee. Entonces tomó la palabra el Tremendo y le contestó:

—La causa, don Miguel, *¡ui!* yo que amo á Inesita, y que deseaba saber si era infiel á los juramentos que antes que á nadie me ha hecho; y como ella me ha dicho que usted la *quiere* casar á fuerza con el Torero, *quero* que el *hierro*, ahora que no hay yankees, decida de *quén* será.

El Torero al oír estas palabras se acercó á su rival con la franqueza de un valiente, y le dijo:

—Ya sabe usted que soy muy hombre, y que me *rifo* con el que lo sea; pero puesto que Inés ama á vd. y no á mí, yo se la cedo, no por miedo á su arma, sino porque *quero* ser su amigo y valedor; pues la verdad me ha *cuadrado* el modo de *pelear* de usted contra los yankees. ¿Es usted de mi opinion, don Miguel?

—Que se case con él, ya que usted así lo *quiere*, contestó el padre de Inés, y ya tambien que ellos se aman.

—Gracias, dijo el Tremendo dando la mano al Torero; *den* de ahora soy su *valedor*, y *quero* que sea usted mi padrino.

—Corriente. Y siempre estaremos juntos cuando *haga* algo entre *mejicanos* y *yankees* en el barrio de la Palma.

NICETO DE ZAMACOIS.

¡UN HOMBRE SIN BLANCA!

Entre las muchas calamidades que afligen á ls hijos de Eva,

Por la maldita manzana
Que á su estómago mandó,
Y á digerir condenó
A toda la especie humana;

una de las mas terribles es, sin disputa la pobreza: así es que el pobre, generalmente hablando, se humilla ante el poderoso: sufre, sin quejarse, la sinrazon de aquel á quien sirve; y no se atreve á hablar delante de aquellos que ostentan bienes de fortuna, porque teme ser importuno y disgustarles. De aqui, sin duda, viene aquella cancion española que dice:

De las cosas de este mundo

Yo no sé cuál es peor,

Si el casarse, ó el morirse,

O el ser pobre.... ¿qué sé yo!...

Aunque entre paréntesis sea dicho, el casarse ó el morirse es ciertamente preferible á ser pobre, porque aunque dice un proverbio vulgar

Te casaste,

Te amarraste